

“La Sagrada Biblia nos habla de la gran misericordia de Dios y de la dureza de mente y corazón del pueblo judío. Juan el Bautista es la culminación de los profetas, cierra el Antiguo testamento y abre el Nuevo. Juan es como el nexo entre las promesas y las esperanzas realizadas.

Este domingo aparece uno de los personajes importantes del Adviento, Juan el Bautista, que con su mensaje de preparación inmediata de la venida del Redentor, resuena este segundo domingo y en el tercero. Juan el Bautista, los profetas del Antiguo Testamento y la Virgen María son los personajes sobresalientes del tiempo del Adviento.

El mensaje de Isaías nos invita a soñar. Con comparaciones de la vida rural, con lenguaje poético e idílico nos describe los tiempos del Mesías, del esperado por el pueblo de Israel. Bellísima la imagen de un lobo pastando con el cordero, una vaca con el oso y unos niños jugando con las serpientes.

El mensaje de Adviento es principalmente mensaje de esperanza y alegría. Pero nada hay tan exigente como el amor y la fiesta. Por eso, la liturgia del Adviento nos insta a una seria preparación ante la cercanía de la Navidad.

La voz de Juan el Bautista llega hoy a los cristianos como un día la escucharon los piadosos israelitas, ansiosos de la llegada del Mesías prometido. El mensaje: “Conviértanse, porque esta cerca el Reino de los cielos” (Mt. 4,17), es hoy actual y necesario si queremos de verdad prepararnos para la Navidad y para vivir en Misión Permanente.

Hay que tener mucho cuidado al hablar de conversión porque ésta no es algo superficial, unas prácticas piadosas rutinarias y más abundantes, unas pequeñas colaboraciones de beneficencia. La palabra correspondiente a conversión en griego, es “metanoia” que quiere decir “cambio de mentalidad”. Para convertirse, no se necesita que seamos grandes pecadores.

Claramente Juan Bautista señala qué hacer: “Preparen las sendas del Señor”, “den frutos dignos de conversión...” Esta llamada a la conversión plantea a cada cristiano en qué se parecen sus sentimientos y pensamientos a los de Cristo. Hasta que punto ha llegado nuestra conversión.

“La conversión – dice Juan Pablo II – no acaba nunca en este mundo”. La verdadera conversión a Dios nuestro Padre en Cristo lleva en sí la conversión a Cristo en las personas concretas; la entrega generosa y sacrificada al servicio de las personas con la fuerza del Santo Espíritu.

El Adviento es un tiempo privilegiado para la conversión. Hay que convertirse a Cristo para seguir convirtiéndose, para encontrarle y para seguirle buscando. Convertirnos a Cristo hasta llegar a tener y vivir para con todos los mismos sentimientos de Cristo (cfr. Fil.2,5).

Los fariseos y saduceos fueron fuertemente criticados por Juan. Ambos no supieron apreciar el sentido del bautismo de penitencia. Invocaban su condición de ser hijos de Abrahán, “tenemos por padre a Abrahán”. Hoy también, no pocos se refugian en su condición de cristianos, para eludir su conversión. No es cuestión de decir palabras bonitas, sino de dar frutos, de hacer las obras de Dios, de cumplir amorosamente la voluntad de Dios.

En la dirección horizontal algunos signos de conversión podrían ser: la solidaridad, la justicia, la armonía, la cercanía a los otros, el trabajo para que se haga realidad la utopía del reino de Dios. ¿Es posible que el cordero y el lobo sean amigos?, El profeta Isaías nos los propone como modelo de lo que deberíamos vivir hoy. Qué bello sería vivir en un mundo en que se llegara a poder decir con el profeta: “Nadie hará daño a nadie”.

Jesús Pérez Rodríguez O.F.M.
ARZOBISPO DE SUCRE

www.iglesianueva.net

Publicado: 07/12/2010